

LA NECESIDAD DE CAMBIAR

Sri Ram

Estamos viviendo en una época extraordinaria para toda la humanidad. Una época de gran urgencia y presión, en que muchos cambios de vasto alcance deben producirse si el futuro de la humanidad ha de alcanzar la plenitud que todos esperamos. Podemos decir, sin exagerar, que nos encontramos en la creativa angustia de un mundo nuevo que está naciendo del viejo, y aunque el proceso es extremadamente difícil, no puede ser obstaculizado sin que se corra un grave riesgo.

Todos nosotros, personal y colectivamente, que como teósofos deseamos ayudar a los demás seres así como a nuestra Sociedad como un todo, ¿acaso no necesitamos también cambiar?. ¿No necesitamos experimentar un cambio, que si ha de ser real no puede consistir en superficialidades, en intelectualizaciones que poco significan en realidad, ni en el aumento de las actividades, a menos que en éstas haya un verdadero cambio en su espíritu y en su calidad? .

Cuando observamos todo lo que está aconteciendo en el mundo: la gente centrada en sí misma, la manera falaz de observar y valorar las cosas; y si también nos observamos a nosotros mismos que de muchas maneras no somos muy diferentes de los demás, podemos darnos cuenta que el cambio que se necesita no es el que se realiza hoy y se abandona mañana sino algo mucho más vital y fundamental, ese algo que debe formar parte del total movimiento que es evolución. Para servir a ese movimiento, es necesario eliminar en nosotros mismos muchas de las cosas que pertenecen a nuestro pasado, de modo que nuestra vida y la forma como enfrentamos a todas las cosas en la vida, se vuelva más simple, más libre, más inteligente, y menos concentrada en nosotros mismos.

Aunque la Sociedad Teosófica tiene propósitos tan elevados como puedan ser concebidos por la mente humana, y una Constitución que da a sus miembros la mayor medida de libertad -confiriendo a la Sociedad las más grandes posibilidades- cuando el mundo observa a la Sociedad es a cada uno de nosotros a quien observa, y juzga a la Sociedad por lo que nosotros somos, por lo que estamos haciendo y por la forma cómo lo hacemos. Pues, la Sociedad consiste en nosotros mismos, y no siempre en lo mejor de nosotros mismos, como acontece cuando damos el poco edificante espectáculo de perturbaciones o agitaciones.

La Sociedad sería muy diferente, nuestras Logias serían conducidas de otra manera, cada aspecto de nuestro trabajo asumiría una nueva calidad y valor, y atraeríamos a aquellas personas que se sienten afines con los verdaderos propósitos de nuestro trabajo, si alentara en nosotros esa calidad y ese valor. Por otra parte, ningún programa, por más al día que estuviera ni por ambicioso que fuera, ni por completo en sus detalles y presentación, ni por la amplitud de su alcance podría, como programa, hacer de la Sociedad una agrupación verdaderamente selecta, ni de sus miembros una verdadera avanzada del desarrollo que se ha de producir en el mundo, a menos que cada uno de nosotros sea en sí mismo y en cierta medida un pionero de ese desarrollo, y la nueva era con sus nuevos valores, ya está alboreando en nuestro medio. La Nueva Humanidad de la Intuición, cómo la llamó nuestro Hermano Jinarajadasa, debe de surgir de la presente humanidad. Por tanto, debe estar constituida por nosotros y muchos con iguales aspiraciones que nosotros, aunque diferentes de cómo somos en el presente.

No tenemos porqué rehuir lo que lleva implícito la palabra "cambio", porque la vida es un proceso de cambio en muchas direcciones, en ocasiones aparentemente contrario a su primordial avance, pero mediante la inteligencia y por la sabiduría podemos dirigir ese cambio y acelerarlo en 'vasta escala. Según entendemos, la Teosofía, como viviente Sabiduría existente en la Naturaleza, debe ser comprendida de tal manera que sea incorporada, cada vez más, a nuestro vivir. No deben ser meras afirmaciones que más tarde se convierten en dogmas. Desde que la Teosofía es la verdad total, si bien podemos interpretar algunos aspectos de esa verdad por medio de las palabras, hemos de reconocer que las palabras o son símbolos o sólo describen las apariencias, la secuencia, la forma de las cosas. No pueden expresar la vida, para la cual la forma es un receptáculo, el que es una expresión parcial o sólo un símbolo de la vida. Si bien es muy limitada nuestra comprensión de la Sabiduría Divina, que llamamos Teosofía, sabemos que nos enseña que en la vida en su totalidad y en cada ocasión que anima a un cuerpo hay una infinita belleza, una infinita riqueza, y que es el destino del hombre hacer de sí mismo un canal, un instrumento para la expresión de esa vida. Esto es sólo posible cuando cada uno cesa de vivir y de actuar para sí mismo, de centrarse en sus placeres, planes, importancia y ambiciones, y vive para el todo, abriéndose a toda vida y acogiéndola en su Corazón. Esto es lo que significa la Teosofía traducida en términos de vivencia; no significa un evangelio más por el cual ha de hacerse propaganda, ni un conjunto de proposiciones intelectuales, o dogmas para ser enunciados y creídos, lo cual impide que las aguas vivificantes de la vida irrumpen a través de nuestras encostraciones.

Es sólo cuando la vida se vuelva para cada uno de nosotros una espontánea creación, un continuo abrirse y expandirse desde lo más íntimo, que todos nosotros, el grupo que constituye la Sociedad Teosófica, seremos un canal para cada nueva fuerza y crearemos en nuestro medio un campo magnético capaz de electrificar a todos aquellos que se encuentren al alcance de sus radiaciones, atrayendo hacia él a todos los que poseen en sí la potencialidad para ser canales vitales para el fluir de la Verdad.

Tal como yo lo vislumbro, el futuro de la Sociedad no depende de la cantidad de sus miembros ni del tamaño de la organización, ni de lo respetable y bien constituida que sea, tomando la palabra respetable en el sentido corriente y usual. Depende de cuánto de genuino haya en cada uno de nosotros, de cuánto fervoroso celo pongamos en subordinar nuestro yo al bien de la labor que se nos ha encomendado. Resumiendo: depende de cuánta correspondencia haya entre la benéfica Sabiduría, que es la Teosofía, y la forma cómo nos conducimos en nuestras acciones y cómo vivimos nuestra vida.

La Sociedad Teosófica no debe convertirse en una mera máquina que hemos de cuidar, sostener y manejar de manera mecánica, atrayendo miembros como podamos y agitándonos ruidosamente para atraerlos. El fin es otro; que cada uno de nosotros vierta en el Movimiento lo que tenga en sí mismo que sea de real valor para los demás, lo que surja de su corazón: su dedicación y pura expresión de la verdad que percibe.

Tomado de la revista "América Teosófica" Nro. 13 (Oct. 1975) y digitalizado por Biblioteca Upasika - www.upasika.tk